

«CELA S'APPELLE L'AURORE»

Política y revolución en dos films de Luis Buñuel

Casi simultáneamente se han estrenado en Madrid dos films de Luis Buñuel. Dos films recientes, aunque no últimos. Dos films, por otra parte, que si bien llevan en igual medida la garra del genial realizador aragonés, son como expresión de las dos vertientes de su obra, de los dos caminos—no divergentes, sino complementarios— más frecuentemente utilizados por él. Se trata de *Le Journal d'une femme de chambre* y «El ángel exterminador», citados por orden de estreno, inverso al de su producción. Si «Le Journal...» es uno de los films más directamente políticos de su autor, «El ángel...» es, sin duda, uno de los más revolucionarios. Y uno de los más apasionantes también. Aunque es de temer, ante la proyección simultánea de ambas obras, que vuelva a producirse, en función del desconocimiento casi total que de Buñuel existe en su país y de la llegada tardía de aquellas de sus películas que han llegado, que vuelva a producirse la confusión y desconcierto que, no hace mucho, originó la salida, también casi simultánea, de «Los olvidados» y «Ensayo de un crimen».

Basándose en una novela de Octave Mirbeau publicada en 1900, que ya había sido previamente llevada al cine por Jean Renoir en su etapa americana, Buñuel ha realizado, en colaboración con Jean-Claude Carrière, guionista habitual de sus últimos films franceses, una adaptación que traslada la acción a un cuarto de siglo después, cuando el prefecto Chiappe prohibía «L'âge d'or», y se venga de ello poniendo en la picota, por la vía del sarcasmo, a su enemigo, al que acclamation los manifestantes de extrema derecha que aparecen en la secuencia final, alentados por el asesino y violador Joseph desde el café «A l'armée Française», que ha instalado en Cherbúrgo después de ser liberado «por falta de pruebas». No ha faltado, naturalmente, quien rechace este final, argumentando que se trata de algo añadido, innecesario. Curiosa y significativamente, se ataca la utilización de la política en el cine sólo cuando esta política no es de derechas. Pero lo que ocurre es que no se trata de un final «añadido», sino que de la película, en su integridad, es un análisis del pensamiento de la derecha y su actitud vital en los años de máxima influencia de la Action Française. Lo

mismo en el mundo de los señores que en el submundo de los domésticos. Todo lo que ocurre, los comportamientos sexuales de los personajes, sus aberraciones de todo tipo, está determinado por esa actitud de tipo más amplio. Y Buñuel es, como de costumbre, implacable. Lejos del panfleto, del discurso moralista, ataca sin piedad, utilizando una de las armas más crueles, la del ridículo.

En *El ángel exterminador*, realizada inmediatamente antes que «Le Journal...», va, sin embargo, más allá, aunque las claves no sean tan evidentes, tan clarificadoras. En esta ocasión es José Bergamín quien le ha servido de punto de partida, a través de «Los naufragos de la calle de la Providencia», y su colaborador en el guión ha sido Luis Alcoriza. No se trata, evidentemente, de contar el argumento, que, por otra parte, no existe en su sentido tradicional. Tampoco se trata, por otra parte, de explicitar claves, de aclarar símbolos de los que Buñuel reniega por principio. Ya en 1962, cuando la película se presentó en Cannes, el realizador encargó a su hijo Juan Luis, que le representó en su ausencia, que si alguien le pedía una explicación de la película contestara simplemente que no la había. Quizá sea llegar demasiado lejos, aunque no si se toma la negativa a admitir una explicación lógica como una invitación a utilizar otros mecanismos de pensamiento que los habituales, producto de una educación burguesa que ha dado como resultado la civilización del consumo. En este sentido, «El ángel...» enlaza con lo mejor y más personal de la obra de Buñuel, y no desmerece al lado de «L'âge d'or», su obra más libre y, en consecuencia, más liberadora. La experiencia vivida por los personajes encerrados en la casa señorial en que se celebra la fiesta, cuando logran escapar del «chizo» al que han estado sometidos, no les sirve para tomar conciencia de su inanidad y podredumbre, para utilizar su vivencia para intentar acceder a un nuevo estado, sino que se limitan a reunirse en un templo donde, mediante la celebración de un «Te Deum», agradecerán su liberación y se dispondrán a seguir siendo lo mismo y los mismos, como si nada hubiera pasado. Y es entonces cuando pasa... Film extremadamente lúcido,



REVOLUCION: «EL ÁNGEL...»

agresivo, que utiliza todos los elementos del irracionalismo para llegar a un análisis en profundidad de una sociedad voluntariamente cortada del mundo que la rodea. «El ángel...» es una de esas obras maestras cada una de cuyas visiones proporciona nuevos descubrimientos. Una de esas obras, también, cuya aparente dificultad de aproximación no es tal si el especta-

dor se sitúa ante ella en total estado de disponibilidad, echando por la borda, en la medida de lo posible, todo el bagaje de cultura burguesa y alienante que lleva en sí. Parafraseando el título de uno de los films de Buñuel inéditos en España, y al que remite, por otra parte, más directamente «Le Journal...» que «El ángel...», «Cela s'appelle l'aurore». ■ C. S. F.

CASSIUS CLAY

Mahoma ha colgado los guantes

«En el fondo, la historia de Jack Johnson es mi propia historia, ¿no? También a mí me persiguen porque soy negro, porque soy el más grande campeón del mundo, porque me he atrevido a desarrollar ideas propias».

Son palabras éstas de Mohamed Ali, ex Cassius Clay y ex campeón del mundo de los pesados, convertido ahora en figura de Broadway.

«La gran esperanza blanca», título de la obra de la que Mohamed Ali es protagonista, evoca de nuevo la trágica carrera del primer negro que conquistó el título de campeón mundial de los pesados; el odio que desencadenó aquella victoria entre politiquillos, empresarios y apasionados del boxeo; los intentos de encarcelar a Jack Johnson, de romper el lazo de amor que le unía a una mujer de raza blanca, de arrebatarle por todos los medios legales e ilegales, el título de campeón.

La invitación de Broadway le ha llegado a Cassius Clay en un momento difícil según todos los síntomas. 1968 no ha sido, para el ex campeón, un año demasiado brillante. En los últimos meses han corrido rumores, cada vez más alarmantes, sobre su situación económica, y tales rumores parece que encontraron su confirmación en un inserto aparecido en la revista norteamericana «Variety», en el que Mohamed anunciaba estar dispuesto a celebrar conferencias en universidades, a participar en todo tipo de espectáculos, ferias, circos, etc.

Ali desmiente energicamente tales rumores: «Todos me dicen: "¿Cómo vas a poder seguir viviendo, de qué vas a comer?". Naturalmente que los grupos que hoy detentan el poder quisieran verme muerto de hambre. Me han condenado a cinco años y a diez mil dólares; pero no les ha parecido bastante; me impiden hasta participar en combates amistosos, organizados para fines benéficos».

¿Y la situación económica?

«Desde que me prohibieron boxear, he estado ahorrando. Seguro que de hambre no me muero. ¿Cómo le podéis preguntar a un hijo de Allah, como yo, qué va a comer? ¿Quién alimenta a los tigres?».

Además del buen Dios, está el petróleo para darle de comer. Cuando los negocios iban bien, Mohamed tuvo la buena idea de adquirir el 60 por ciento de las acciones de un pozo cercano a San Antonio, Texas. Con la renta mensual fija que le proporciona el pozo petrolífero, Cassius Clay puede vivir con cierto desahogo en una casa de los alrededores de Chicago.

Por otro lado están los editores que quieren convencerle para que escriba sus memorias: le han llegado a ofrecer por ellas hasta 50.000 dólares. Y además, dentro de diez años, es decir, cuando haya cumplido los treinta y cinco, Cassius Clay empezará a recibir dinero del banco donde tiene bloqueada una cuenta que ingresó durante su carrera pugilística. Dicho fondo, que es actualmente de aproximadamente ochenta mil dólares, totalizará unos ciento veinticinco mil dentro de diez años.

La amargura de Ali no es, pues, de tipo económico (aunque es verdad que hoy podría estar ganando millones de dólares de haberle sido permitido seguir en el boxeo), su amargura procede de la inercia, de la sensación de no seguir sintiéndose protagonista. Sin embargo, él mismo afirma que nunca ha tenido tanto que hacer. «Un día me reclama un círculo del West Side al día siguiente he de trasladarme a Nueva York a recibir una distinción de un grupo de señoras, o a Los Angeles a un "college" del que he olvidado el nombre. Pero la verdad es que se siente enjaulado. Su vida está presa de la costumbre. Por la mañana, Ali y Belinda (su segunda esposa; de la primera, Sonji, se divorció porque no



POLITICA: «LE JOURNAL...»